

Allí comenzó a leer. Cuando se zambulló en ese universo paralelo al que se le conoce como ficción, sintió a su alrededor como todo desaparecía. Cada palabra, cada letra pronunciada, transformaba su realidad en el universo que durante tantas noches en vela le obsesionó.

Giró sobre sí mismo y en ese instante exacto sintió una presión anodina en sus venas, su respiración se convirtió en una brisa gélida, como el váho en invierno. Sobre aquellos renglones antes inexistentes se sintió como el arquitecto de una fantasía atemporal.

Aquella mujer apareció a su lado, tez blanca, ojos miel parejos casi a una llama tenue. El paisaje, antes ensordecedor, lleno de batiborillos sonoros, se plegó hacia una quietud inmensa y aquel corazón palpitaba cada vez más fuerte en su interior.

Articuló unas simple palabras. La típicas preguntas formuladas ante la incertudumbre acumulada en esa situación ¿Dónde estoy? ¿Quién eres?....

Silencio, un martillo insonoro despedazado a los segundos por un sollozo. La mirada perdida de aquella hermosa mujer no se percartó de su presencia. La confusión recorrió cada uno de sus latidos convirtiendolos en un incesante golpe de terror, pues sentía que seguía leyendo pero ahora el libro había desaparecido de sus manos. Era un mero espectador en otra realidad paralela, como si estuviera dentro de una película o fuera en sí el escritor que estaba dando forma a todo a su alrededor.

Los rayos del sol se colaron entre el cabello color fuego de aquella venus. Las sensaciones eran tan vivas que incluso calzado, notaba el tacto suave y la vez helado de la hierba en sus pies. Esto le sirvió para ver más allá de la piel erizada de aquella mujer y comprobar el paisaje anodino. Un acantilado, el arroyo del mar y las caricias de las olas sobre los arrecifes fueron parejos a una bofetada de empirismo.

La musa de esos renglones estaba al borde de un precipicio. Lo que en otro momento no recordó con acierto, se confirmó en esos primeros segundos; a su lado le acompañaba un niño, aferrado a su mano derecha. Ambos ataviados con los ropajes acunadores del sueño miraban a la inmensidad del desierto acusoso, reflejo del cielo eterno. Algo les había traído a esa vigilia prematura, pero ¿el qué?

De espaldas a él proseguía el cantar de lágrimas. De repente, el pequeño giró su cabeza lentamente y con una mueca macabra levantó su otra mano desocupada y con uno de sus ínfimos dedos, heló la sangre del que hasta ahora creía ser un mero espectador o guionista de esa locura.

El impacto fue tan desgarrador como descabellado, un súbito río de temblores se apoderó de sus manos y al cerrar y volver a abrir los ojos vio como su tacto volvió a probar la piel eterna de aquel libro y ese ojo que seguía cerrado. De nuevo en sus oídos cabalgaba el ansiolítico perfume de los gritos y mensajes de los vendedores del baratillo. Ante la antenta y absorta mirada del dueño del pequeño puestecillo donde se paró, contempló de nuevo aquel ojo grabado y dormido.

Sacó un par de monedas del bolsillo y sin esperar el cambio, corrió hacia su casa pasto de un escozor en el alma. Un sentimiento de curiosidad y pavor afincado entre sus extremidades y que solo daba paso a una cosa....saber más.

Tiró el antiguo ejemplar incompleto y dejó el otro sobre su mesita de noche, mientras se mesaba los cabellos y la barba sin dejar de apartar la mirada de aquel ojo hipnotizador. Respiró profundo y una tos repentina ahuecó su alma como si le purificara. Agarró el libro con fuerza y determinación; al abrir sus hojas amarillentas el aroma a viejo le sirvió de bálsamo y de nuevo se

adentró en aquel mundo.

La escena cambió, las circunstancias no. Cayó de lleno sobre los últimos renglones de aquella locura, como si asomara a una verdad velada al común de los mortales.

Un pasillo, tenue como la bruma de una noche helada. El silencio jugueteaba con el tic tac de lo que a todas luces parecía un reloj de pared. Al fondo se desdibujaba de nuevo la sombra de aquella extraña mujer y se escuchaba la sonrisa del niño cuya mueca congeló cada una de sus extremidades. La duda marcaba sus pasos y no sabía si el andar conllevaría un final a sus dudas.

La luz comenzó a parpadear en intervalos terroríficamente pausados y la imágenes se convirtieron en fotogramas. Primer fotograma: un salón diáfano y la oscuridad; segundo fotograma: muebles de época y la oscuridad; tercer fotograma: el niño sentado en una silla sujetando un libro y la oscuridad; cuarto fotograma: un cuerpo en el suelo tiznado de un rojo ocre y la oscuridad; quinto fotograma: la mujer de espaldas mirando a la inmensidad de la noche y la oscuridad.

De repente la luz retornó y sus rodillas flaquearon ante un paisaje dantesco. Al cuerpo ensangrentado le faltaba un extremidad, la cual colgaba de una de las manos de aquel fulgor taheño. Lentamente y con la banda sonora en el aire de la risueña voz del niño, la tez blanca de la que pareció en su momento un ser asustadizo, se giró sobre si mismo y le mostró la mirada inerte de una cabeza sujeta por sus cabellos rizados. Una frase heló y congeló sus párpados: - Saluda a Papi -- susurró el pequeño.

Una cabeza se alzaba ante él, mientras goteaba vida roja; otra se ladeaba cambiando su gesto de extrañeza por aquella presencia y tornando lentamente a una mueca sardónica. Acompañada de una voz dulce e ironicamente incoherente, los pasos de esa belleza tensaron sus latidos. Repitiendo una y otra vez: - Por fin soy libre.

Ante su total estupor, la joven fue cerrando con sus dedos ensangrentados los ojos de la cercenada testa. Él, apartó la mirada intentando esquivar aquella escena macabra y se dió de golpe con la representación de la revelación de esas últimas hojas en blanco de aquel cuento de relatos, la obra que reposaba sobre el regazo del niño era la supuesta lectura durante aquel trance alegórico o lo que fuera. El único detalle diferencial fue el summun del horror, en aquella portada el ojo estaba abierto y junto a la cara infantil insultantemente feliz, su iris fue apagándose como los tapados por la supuesta asesina.

Cuando el trio de pupilas tendió a oscuridad, dos gritos desgarradores explotaron de las garganta fermentadas de la supuesta madre y su progenitor.

Al instante un golpe lo sacó de la inconsciencia, el libro había caído de su regazo y se percató de que todo había sido un sueño. Aquella tarde no fue a ningún mercadillo y no encontró otro libro igual, simplemente se quedó dormido por el peso del trabajo acumulado y entre los imaginarios reglones grisáceos que el relato le brindó en su ensoñación, creó su propia historia. Una pesadilla tan real como la vida misma.

Recogió el bermejo archivador de historias cortas y con un ademán de desdén en los labios, lo volvió a dejar sobre la mesita de noche. Estiró su cuerpo, se calzó las zapatillas de andar por casa y se fue a la cocina a ingerir cafeína, la noche de trabajo sería dura.

Al salir de la habitación alguien le observaba, el ojo de la obra despreciada volvió a abrirse....

Fin